

Felipa despidióse y se marchó, llevándose las muestras envueltas en un papel, y Demetrio, alterado aun por la batalla reñida en su espíritu, se quedó detrás del mostrador acariciando en su mente el reflejo de la esperanza, que se la llenaba con su tenue luz de amanecida.



CAPÍTULO XVI

Loca de júbilo por la espontánea declaración de Demetrio, encaminóse á su casa doña Felipa ansiando volcarle á Lola cuanto el comerciante le había dicho y resuelta á exigirla que aceptase el amor que el buen tendero la brindaba. Pensando como siempre, y en primer lugar en sí propia, veíase ya doña Felipa dueña del comercio, asegurando su porvenir, sin tener que pensar con pavor en el día en que su hermano mu-

riese, y viviendo, á lo menos, sin privaciones ni escaseces de ningún género. Una nube, sin embargo, entoldaba el diáfano y clarísimo cielo de sus ilusiones, amenazando llevarse tanta felicidad: el recuerdo de las relaciones de Lola con el mequetrefe de Miguelito Cruz; era preciso á todo trance cortar este amorío, empresa no muy fácil con lo arraigado que ella tenía este cariño. Pero doña Felipa no se desanimó; estaba muy acostumbrada á mandar para arredrarse, y se prometió salirse con la suya. Monologuizando de esta manera calle Mayor abajo, se entró por el pretil de los Consejos, atravesó la de Segovia y avistó su casa. Lola se hallaba en el balcón aguardando sin duda á su novio; habíase asomado un instante, pero quiso su mala suerte que en ese instante llegara doña Felipa y la sorprendiera en acecho. Lola atisbó á su madre y se metió escapada, pero por pronto que quiso esconderse tuvo tiempo doña Felipa de descubrirla, y revolviéndosela todo el limo de su iracundia, penetró en el portal y subió la escalera

la buena señora, bufando de cólera contra su hija.

Lola salió al encuentro de su madre; doña Felipa entró en el comedor, y con el entrecejo arrugado y la cara ceñuda y sombría, le dijo á la muchacha quitándose á la vez el velo:

—Mujer, ¡qué cosas tienes!... ¡Luego te quejarás si te duele la cabeza!... ¡Pues es menester que sepas tú que para pescar un tabardillo no se necesita más!... ¡De fijo que estarías esperando á ese hombre que te va á costar á tí algún disgusto, si Dios quiere, y á mí otro!... ¡Pues es menester que sepas tú que no estoy dispuesta á consentir que sigan así las cosas!...

Lola no esperaba la acometida; se le arrebató el color, agolpósele la sangre á los pulsos, que le cosquillearon como si le corriesen hormigas por las venas, sintió el aturdimiento que produce un martillazo en el cráneo y no replicó palabra. A doña Felipa no le entraba eso de delicadezas ni de consideraciones; toda ella tenía la ceguedad de la mano del perro, que planta sus dedos sin pararse en lo que lastima; así

no se le ocurrió á la buena señora aplazar su conferencia hasta meditarla bien, tratándose de un asunto tan grave como el porvenir de Lola, ni se le alcanzó lo discreto de esperar una oportunidad, de aguardar siquiera á la noche; el carácter brusco, pronto, impaciente de doña Felipa no soportaba prórrogas ni aplazamientos; aquella declaración sentida y leal de Demetrio, caldeada por el fuego de la honradez, que venía á coincidir con el anhelo constante de doña Felipa y á dar vida y realidad á sus ilusiones, revolvió el oleaje que hervía en el fondo de su pecho, y doña Felipa soltó en tropel cuanto ocultaba, con la violencia con que el *champagne* fermentando, y movido por el primer soplo de aire que toma la botella, despide el tapón con un disparo de espuma.

Lola se repuso de su sorpresa, cobró ánimo y quiso huir de la tromba que se le echaba encima, saliendo del comedor con cualquier pretexto.

—Voy á decirle á la chica que ponga la mesa—exclamó Lola.—Tío Manuel estará ya para venir del Ministerio.

Las horas veraniegas de oficina de don Manuel habíanle obligado á variar sus costumbres, y comían al presente á la española. Pero doña Felipa atajó á su hija cuando ya se marchaba, y la dijo aposentándose en una butaquilla:

—¡No te marches!... ¡Tenemos que hablar!...

Lola se paró, sentóse en una silla, y muy pálida y tratando de disimular su inquietud, replicó sonriéndose con una sonrisa forzada, en la que palpitaba el temblequeo de labios de su emoción:

—¡Ave María, mamá!... ¡Pareces un juez!...

Doña Felipa no se dignó desarrugar el rostro, y sin mirar á derechas á su hija, ni andarse con preámbulos ni rodeos, exclamó con enfática entonación:

—Ha llegado la hora de las conferencias, Lola (confidencias quería decir); es menester que sepas tú que por sensible que te sea no tienes más remedio que despedir á ese muchacho, como ya te aconsejé yo que hicieras, porque hija mía, el porvenir de la mu-

jer es casarse; tú ya no eres una criatura; Miguelito Cruz será un santo, no lo pongo en duda, pero está comenzando la carrera, de aquí á que la concluya faltan seis años, el mundo da muchas vueltas y ese chico hará lo que todos: mucho prometer y luego si te he visto no me acuerdo.

Doña Felipa hizo pausa para estudiar en el rostro de su hija el efecto que le producían sus frases. Lola, con los ojos bajos y la tez ardiendo, oía y callaba sin atreverse á contradecir á su madre, como esas espadañas cogidas por la tormenta que se doblan sin romperse, fustigadas por el huracán. Doña Felipa continuó:

—Lo que tú debes hacer es no esperar á que te deje plantada; de ese modo, si ha pensado divertirse contigo, se lleva chasco. Créelo, es menester que sepas tú que esas relaciones de niño no te convienen porque te quitan cualquier proporción que se te presente. Ya ves, yo, tu madre, no voy á decirte una cosa por otra.

Lola habíase recobrado algo; aquella apreciación de su madre respecto á

Miguelito Cruz, cayó de golpe en el alma de la niña como la piedra que se tira al agua y revuelve el fondo. Serena al parecer, pero temblequeándole el acento, replicó la muchacha débilmente:

—¡Mamá! ¡Permíteme que te diga que obras muy de ligero!... Tú no conoces á Miguelito y no se deben hacer juicios temerarios de nadie ni de nada y mucho menos de lo que aún está por suceder. Yo no creo que te falte al hablar así, pero á mí se me figura que el cariño, muy natural, que me profesas, te pone una venda en los ojos. ¿Qué encuentras en ese muchacho que te haga sospechar que sea una mala persona?

Lola hablaba despaciosamente, con mesura, con una ingenuidad reflexiva. Nada tan extraño ni tan interesante cómo aquellas palabras henchidas de juicio que salían de la boca juvenil de Lola, y que parecían más serias por el contraste que formaban con los labios adolescentes que las decían. Doña Felipa se quedó un punto desconcertada ante la réplica; el tábano no

esperaba el manotón, pero se le pasó enseguida la impresión del pañolazo, recobróse la buena señora y repuso sonriendo forzosamente:

—¡Bah! ¡Bah!... ¡Qué cándida eres Miguelito Cruz es de carne y hueso como los demás y hará lo que todos; tú no estás para perder tiempo; esos hombres que son siempre novios y nunca maridos se quedan para las chiquillas...

Doña Felipa se acercó más á su hija, la sonrió, miróla con algo de la fascinación de la araña y la dijo con acento más dulce:

—¡Mira Lola!... Es menester que sepas tú, que en nuestra clase no se puede andar escogiendo y menos en nuestra posición. Considera que vivimos atendidas á tu tío, que éste nos da el mejor día un susto y que entonces... No quiero ni pensar lo que sería entonces de nosotras!...

—¡Pero mamá — repuso Lola interrumpiéndola — no creo que el tío se vaya á morir en seguida!...

—¡Quién sabe!... ¡Anda muy atropellado el pobre!... Por eso á tí, que digo á tí, á ambas, nos conviene que cortes

tu noviazgo y pienses en un hombre formal, serio, acomodado, que tenga su posición hecha y se pueda casar en seguida. Considera que esa es nuestra única tabla de salvación.

Las palabras de doña Felipa carecían de ese perfume bendito de abnegación que da vibraciones celestes al idioma, todo alma, de las madres; ni una sola vez hablaba en singular, refiriéndose sólo á la dicha de su hija, dejando traslucir ese afán noble del amor sin límites de que refluya el supremo bien sobre la persona querida; no, siempre el nosotras, siempre el yo brutal y egoísta por delante, siempre el instinto de la materia que todo lo quiere para sí.—Lola se sintió lastimada por las insinuaciones de su madre: su corazón generoso, postrado de rodillas ante ella, tuvo impulso de levantarse, y sin poderse contener replicó sorbiéndose un buen tropel de lágrimas:

—¡Dí eso, dí que de que yo me case depende nuestra felicidad (y pronunció el *nuestra* con repugnancia, como si le abrasara la boca) pero no afirmes que Miguelito es así, porque no le co-

noces más que por fuera, y para apreciar á las personas hay que llegarlas al corazón.

Doña Felipa comprendió, á pesar de lo brumoso de su entendimiento, que había resbalado más allá de donde se proponía ir, pero su falta de tacto la colocaba en una situación más franca y favorable, y en vez de desvirtuar su imprudencia exclamó sin compasión:

—Pues bien, Lola; hablemos claro. Miguelito Cruz será todo lo formal que tu quieras; te habrá dado mil palabras que pensará cumplir, por más que esas promesas de jóvenes son música celestial y se olvidan siempre; pero tú no puedes esperarle. Tú necesitas un hombre más hombre, que no se deje llevar de un capricho; que sea algo; que te ofrezca una posición desahogada, porque eso de pan y cebolla es menester que sepas tú que es una filfa inventada por el demonio. Pues ese hombre existe, Lola, y vive pendiente de tus labios y está dispuesto á ofrecerte cuanto es y cuanto tiene. ¿No sería una locura que despreciaras su felicidad, una proporción tan ventajosa como esa, que

sabe Dios si volverá á repetirse? Una persona tan decente, tan bien mirada del comercio... ¡no!... Es menester que sepas tú que yo no sería buena madre si consintiera en que por un devaneo de chicos, rechazases un cariño tan seguro como el de Demetrio.

Lola aguardaba el nombre, pero la crueldad con que le pronunció su madre la arrancó un sollozo del pecho que no llegó á salir, bien así como la quina que aunque la tomamos á sabiendas de su amargor nos produce siempre un estremecimiento.

Luego con la voz húmeda por las lágrimas, exclamó:

—¡Pero yo no quiero á Demetrio, mamá, y sería una indignidad hacerle caso!...

—¡Bah bah!... dijo doña Felipa con una procacidad rayana en el cinismo. ¡Como si el amor entrase de sopetón!... Eso es cuestión de tiempo. El trato engendra el cariño!... Créelo.

—¡No mamá, no, el amor es como los manantiales, no se sabe por qué brotan!...

Lola guardó después silencio, pero

sus palabras respiraban tanta resolución que doña Felipa no se atrevió á insistir y levantándose de la silla y echándose la mantilla al brazo dijo mal humorada é iracunda:

—Tú harás lo que quieras, pero nunca podrás decir que yo no te aconsejé como buena madre lo que más te convenía.—Y doña Felipa salió de la habitación.



CAPÍTULO XVII

EL idilio de la escalera continuó desarrollándose, favorecido por el callejeo de doña Felipa, sin otro paréntesis que los eclipses que ocasionaba el astro opaco de la buena señora, cuando no salía de casa, interponiéndose así entre aquellas dos almas en conjunción. En cambio, en las tardes afortunadas, desquitábanse los dos novios de los días tristes y en cuanto la madre de Lola se iba, zampábase en el portal Miguelito Cruz y detrás de él echaba el perro de la portera, que sabía que aquel señor "gastaba" terrones de azúcar en los bolsillos... y se los daba á los canes con

mucha finura. ¡Como que una vez "sin pedírselo nadie" le regaló un terrón á él después de rascarle, al pasar, la cabeza!... Desde entonces, el faldero dejó de mirar con desconfianza á aquel señorito, que "parecía que se proponía hacer algo malo" según lo receloso que entraba en el portal. El ama del perro, humanizada por alguna que otra pesetilla que Miguelito Cruz le daba "para horchata" por supuesto sosteniendo una lucha titánica con la portera que "tapaba" el charloteo, no por interés (y en cuanto atisbaba la peseta, se quedaba sin ojos) sino por simpatía; el ama del perro, en cuanto veía al joven, decíase para su pañolón: "el de la del tercero" y le sonreía al contestar á su saludo. Miguelito Cruz subíase los escalones de cuatro zancadas, escoltado del perro que se sentaba en la plataforma inmediata, sin quitar ojo al joven y gruñendo á cuantos oía; llegaba al descanso del piso tercero y tosiendo con marcada acentuación de voz, en guisa de señal, asomábase Lola al ventanillo y se entablaba un charloteo de pájaro á través de la alam-

brera de aquel confesonario del amor.

Una tarde, días después de la explícita declaración de doña Felipa, respecto á los amores de Lola, Miguelito Cruz entró en el portal en cuanto la cicatera mujer dobló la esquina, pero no es lo bueno que entrase sino que no saludó á la portera que cosía en su cuchitril, y lo que es peor, no hizo una castañeta al perro que le miró con asombro, ladrándose para sus lanas: ¡vaya una cara de pocos amigos que trae hoy este hombre!... Miguelito Cruz mostraba, en efecto, en su semblante esa palidez sombría, que á la manera de las cerrazones precursoras de la tempestad en la naturaleza, anuncia las turbonadas del espíritu. Impaciente, anheloso, fuera de quicio, se tragó todos los tramos hasta el tercero, saltándolos de dos en dos y llegando anhelante al piso de Lola; pero en los ojos del mozo no reverberaba el sol intensísimo de la alegría, el deslumbramiento de que se llena la retina cuando se va á ver á la mujer amada, sino el fulgor de lumbre de muchos relámpagos contenidos y algo también

como restos de lluvia de lágrimas que le hubiesen escaldado los párpados.

Miguelito Cruz tosió, mientras el perro se acostaba cerca de él, esperando su terrón de azúcar, y se sintió á Lola que descorría la puertecita de bronce del ventanillo poniéndose á mirar por entre los arabescos de la celosía dorada; luego se oyó la voz fresca de la muchacha, diciendo con un acento que dejaba adivinar el resplandor celeste de una sonrisa.

—¡Que agitado estás!... ¿Por qué subes la escalera tan deprisa?... ¡No me gusta que hagas eso!...

El corazón de Miguelito Cruz pidió comunicación telefónica con su lengua, y la ordenó que respondiera á su novia que él se echaba al colete las escaleras, de una embestida, por verla antes, por no perder ni un minuto de palique, por oír cuanto más tiempo le fuera posible las frases de la niña, henchidas de ternura y que venían á ser como inyecciones hipodérmicas en su espíritu para aliviarle los dolores de la ausencia; todo esto que otras veces decía Miguelito Cruz, debió repetir

ahora escuchando á su corazón, pero su lengua permaneció quieta; quiso hablar sin que le acudieran las palabras, y á su pesar, sin ánimos para sobreponerse á su mutismo, se quedó pegado silenciosamente al ventanillo y abrumado por sus pensamientos como por esas nieblas bajas que ahogan los pulmones.

Lola echó de ver enseguida la preocupación de su novio y preguntó desde la parte allá del ventanillo, con un acento de pájaro asustado:

—¿Qué te sucede, Miguel? ¡Estás meditando!...

Miguelito Cruz no replicó al pronto; la ola de un sollozo que le nacía y le moría sin salir del pecho, como esas corrientes submarinas muy profundas, le cortaba el habla; pero algo había de responder, y haciendo un esfuerzo supremo para dominarle, exclamó con un temblequeo de entonación que dementía sus palabras:

—¡Nadal!... ¡Me duele un poco la cabeza!...

La excusa era tan vulgar y tan torpe, que la penetración exquisita de

Lola venteó algo terrible en las vacilaciones de su novio, é insistiendo en su pregunta, le dijo aterrada:

—¡Tú no eres franco conmigo, Miguel!... ¡A tí te pasa algo grave que ocultas por no darme un disgusto!... ¡Dímelo!

Miguelito Cruz titubeó todavía, pero al fin, arrastrado por el torbellino que pugnaba por escapársele, murmuró á borbotones:

—¡Pues!... ¡Tengo que darte una mala noticia!...

¡Una mala noticia!... ¡Ya se lo figuraba ella!... ¡Dios mío!... Estaba en brasas... ¿Pero á qué andarse con rodeos si al cabo había de confesarle lo que ocurría?... Lola le dijo anhelante á su novio: ¡Habla!... y entonces él, comprendiendo que por mucho que atenuara el golpe no conseguiría quitarle su rudeza, se decidió á descargarlo, y poco á poco, como si quisiera recoger sus propias frases según las iba diciendo, exclamó muy bajito para no oírse á sí mismo:

—¡Pues!... ¡pues es!... que me voy de Madrid.

Escuchóse en el silencio de la escalera el ruído seco de la tapadera de bronce del ventanillo, que Lola mantenía abierta sosteniéndola del botón de agarre, al cerrarse repentinamente, abandonada por la mano de la niña. Después se entreabrió, de improviso, la puerta del cuarto; Lola apareció en el umbral, con los ojos muy abiertos, llenos de preguntas ansiosas, velados por un celaje de angustia, y, acercándose á su novio y cruzando los dedos como cuando se va á rezar, le dijo con espanto:

—¿Que te vas de Madrid?... ¡Tú!

Miguelito Cruz no esperaba en modo alguno el arranque de Lola, impulsado por una sacudida de volcán de su pasión. Mil veces habíale pedido en vano Miguelito á su novia que sustituyesen el ventanillo, por el que apenas se veían, por una rendija de la puerta que les permitiría contemplarse; pero Lola no se atrevió nunca á prescindir de aquella celosía tan discreta, que con sólo correr un poco la tapa, si subía gente, poníala á cubierto de las miradas curiosas, y tan eficaz, que velán-

dola el rostro, la daba libertad para decirle á Miguelito Cruz desde la sombra, lo que acaso no le hubiera expuesto á cara descubierta. Por eso, al ver Miguelito Cruz á Lola en el umbral de la puerta como la aparición de un sueño de dicha, se quedó sobreco-gido, mirándola con asombro; después la echó las manos á los brazos, radiantes de alegría; le despejó el ceñudo rostro una suave luz de júbilo que se le esparció por la cara y hundió sus ojos en los de ella, que, cogiéndole por los hombros volvió á repetirle con una angustia suprema.

—¿Pero es verdad que te vas de Madrid?

El rayo de sol no pudo arramblar con la cerrazón, y el nublado tornó á eslabonarse; el regocijo, brotado un momento en el rostro de Miguelito Cruz, murió antes de nacer la sonrisa y su semblante se ensombreció de nuevo profundamente, replicando con honda amargura.

—¡No tengo otro remedio!... ¡Mi padre ha pedido en la Dirección de Instrucción pública el traslado de mis ma-

trículas á la Universidad de Salamanca y me manda á estudiar allí con mi tío.

Lola se quedó anonadada, sin voz, sin alientos, con dos ascuas en las mejillas, porraceándole las sienas con precipitadas sacudidas de batán, pero con el rostro seco y los ojos enjutos; en su frente se delinearon esas arrugas hondas con que grietean la piel los terremotos del cerebro; llenáronse los párpados de lágrimas y mirándole á través de aquella lluvia de ternura, silenciosa como el chaparrear continuo de Octubre, preguntó la muchacha á su novio:

—¿Y te irás?

Miguelito Cruz permaneció mudo; conociase que esquivaba la respuesta; pero Lola no le quitaba ojo y murmuró desalentado:

—¿Qué he de hacer?...

Luego, tratando de animar á Lola y fingiendo cierta fortaleza que no casaba con el temblequeo de sus palabras, siguió buscando en vano una sonrisa.

—¡Vaya!... ¡No seas criatura!... ¡No parece sino que nos hemos de morir

mañana!... Yo vendré siempre que pueda, en todas las vacaciones... Además, ¿vamos á dejar de querernos por que nos separemos?...

—¡Claro que no!...—interrumpió vivamente Lola.

—¡Entonces!... Yo comprendo que es muy dura, horrible, la ausencia; pero ¡medrados estaríamos si nuestro cariño no la resistiese!...

Y Miguelito Cruz pronunció sus frases con tal acento de verdad, que Lola, oreada por aquella frescura de rocío de tan dulces palabras, le replicó:

—¡No hay más remedio que conformarse; también la resignación tiene su dicha!... Yo, por mi parte, no dudo un momento de que seremos felices algún día... ¡Quiere decir que mientras tanto viviremos soñando uno con otro!...

Lola, emulando á Miguelito Cruz, esforzabase por aparecer tranquila; pero en uno y otro se conocía la lucha entablada por la voluntad para detener los remolinos de exclusa de su pena. Aquella tarde charlaron poco;

su tristeza les ahogaba las palabras en el pecho, y tuvieron que violentarse para no quedar callados los dos; en cambio sentían invencibles ganas de suspirar, y experimentaban un ahogo grande, como si les subiese algo á la manera de un hilo de humo á la garganta. Así se fueron las horas, contemplándose con el ahinco del que sabe que muy en breve tendrá que contentarse su retina con los recuerdos formados por la fantasía, sin que á nadie se le ocurriera subir á turbar el idilio, sin acertar á separarse, hasta que las sombras del anochecido, invadiendo la escalera, vinieron á advertirle de que era ya tiempo de dejar el cielo, y ante el temor de que doña Felipa les sorprendiera entróse Lola en su cuarto y Miguelito Cruz se marchó al fin, preocupado y caviloso, seguido del can, que echó tras él gruñendo para sus lanas:

—¡Pues señor, se le ha olvidado mi terrón de azúcar!

